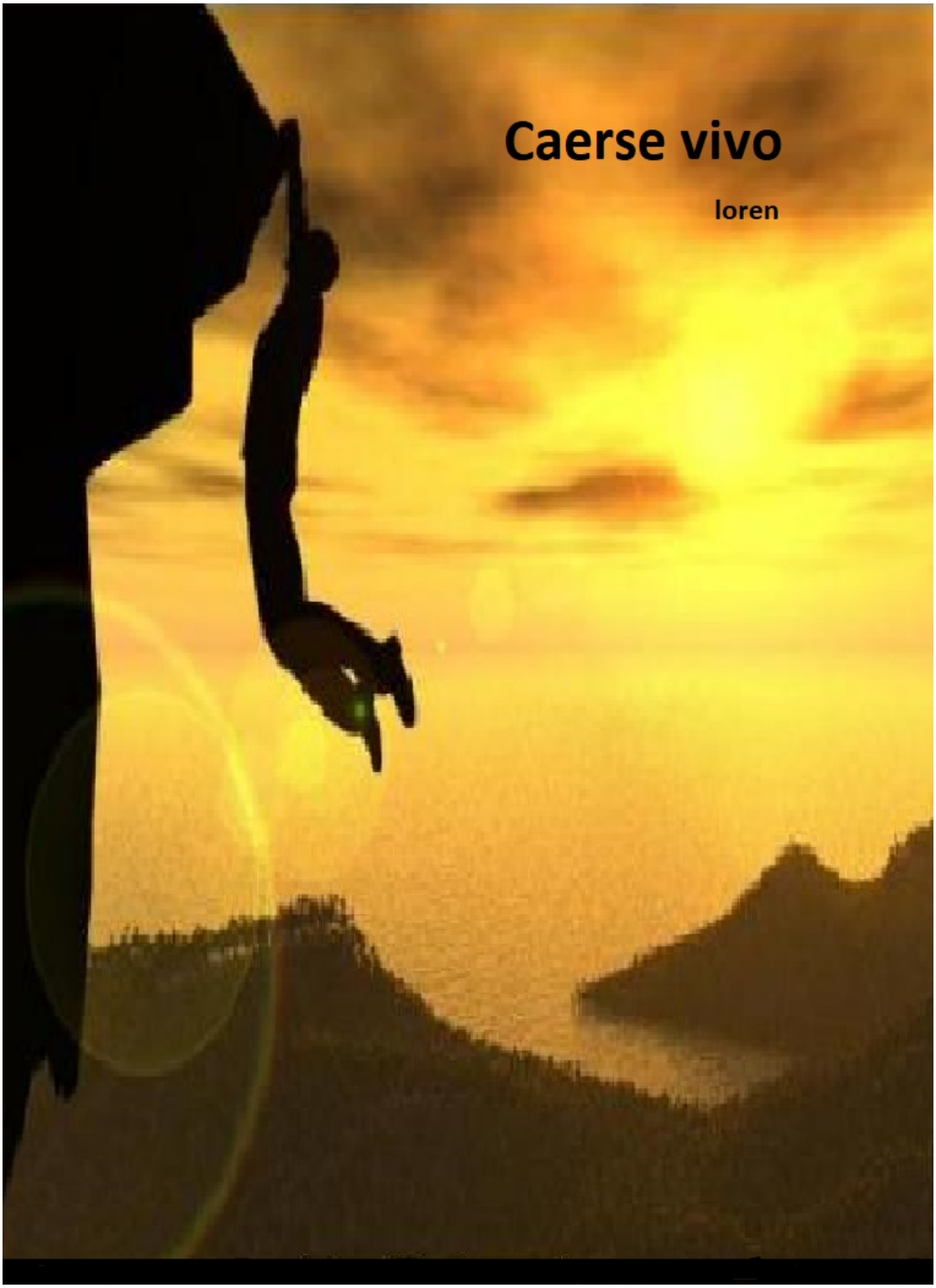
Caerse vivo

Loren..



Capítulo 1

Vi con asombrosa claridad como su cuerpo se retorcía desesperado en el aire, recortado en el cielo, una silueta a contraluz del sol bailando sobre las montañas, ahogando un grito en la garganta al ver alejarse la pared, sintiendo el vacío sobre sus espaldas.

Yo podía verlo engullido por un inmenso reloj de arena en que se habíatransformado el precipicio, braceando tenazmente intentando sin éxito que la arena nose le escurriera entre los dedos. Absorbido ya, y cayendo al otro espacio, su puño seaferraba a los últimos granos de forma instintiva, omitiendo la desalentadora indiferencia de la mente que ya no lo controlaba. Irremisiblemente, la arena diluida enpolvo traspasaba su cuerpo corriendo alocadamente tras sus orejas, dejando una estelade migajas de esperanza esparcidas al viento.

Con la glotis bloqueada y la boca abierta, su mirada se perdía ensimismada en el horizonte. Él sabía que iba a caer y que no podía hacer nada. La cuerda de escalada hecha jirones flameaba atada en su cintura, alargando su deshilachada alma con la desesperanza de haber soltado la mano contigua que, por más que lo anhelara, no volvería a apretar. Él, ni tan si quiera intentó agarrarla. Su mano seguía bloqueada sujetando un trozo de la pared gris en la que había visto reflejado sus últimos momentos. Tan pronto se separó de ella aceptó su destino. Sumiso, se dejó atrapar por el abrazo maternal de la intransigente gravedad, agolpando su nariz al cristal de la ventana por el que veía pasar sus horas.

Dios sabe si nada más pasaba por su confundida y excitada mente. Pues dicen que en esas circunstancias, en las que uno ya se ve indudablemente muerto, la sobrecogedora impresión del abismo se convierte en chocante vacuidad rebotando ante un cuerpo emocionalmente vacío; donde el miedo se convierte en un lujo ante la avalancha de sensaciones que atraviesan por su cerebro.

Debe ser así. Pues su cuerpo colisionó estrepitosa y contundentemente contra un saliente rocoso sin manifestar ni el más mínimo de los sentimientos. Se retorció, curvándose por la cintura, abrazando la roca y fundiéndose con ella, cerrando el círculode la vida. Polvo eres... Ni un grito, ni un lamento. Sólo el quejumbroso sonido de los huesos haciéndose pedazos.

Los brazos y las piernas yacían esculpidos en la roca como cera derretida, su cuerpo se deslizó por la roca, boca a bajo. Las pupilas se le dilataban hasta perdersesobre las copas de los árboles.

Y yo, también le perdí de vista; hasta oír como llegaba resentida pero desahogadamente al suelo.

El sabor del barro en mi cara hundida en un charco me refrescaba y memartilleaba la mente recordando la escena. El ácido me corroía la garganta y tan apenas podía respirar sin absorber antes mi propio suspiro. No podía pensarme sino ver únicamente sus ojos, reconociendo el vacío, clamándome ayuda reflejados en el más hondo de los pozos. Su mirada se perdía en las abismales paredes circulares donde el corazón bajaba en un cubo, buscando a cuentagotas, unas gotas más de vida. Pero las paredes se resquebrajaban por momentos dejando escapar el agua, y pronto la cuerda del cubo se tensaría, apretando sus nudos para no hallar nada; exhalar un último quejido, y no volver a subir.

Ya erguido y caminando al trote atropelladamente, las ramas me azotaban en la cara manteniéndome despierto mientras arrastraba los pies por el barro desesperando encontrar ayuda. ¡Tenía que ayudarle! ¡Tenía que encontrar a alguien que fuera asocorrerle! Mientras, las intermitentes ráfagas de luz filtrándose entre las hojas de los árboles quemaban mi ojos, nublándome la vista, adormeciendo mi mente, por lo demás mortecina, en lo más oscuro de mis sueños. Para encontrar en ellos de nuevo sus ojos, clavados en mi garganta, recorriéndome las venas. Incorporando mi cabeza. Abriéndome los míos. Levantándome un día tras otro durante todos los despertares de mi inmortal existencia.

¿Quién sería aquel hombre? ¿Por qué estaba tan dispuesto a ayudarle?. Supongoque la empatía que sentía por él, al ser yo también escalador, me hacía percibir con mayor crudeza que a cualquier otro las emociones que hilvanaban su pecho. “Morir en la montaña es un hecho incuestionable que se acepta resignado frente al ansia de seguir adelante”, un deseo de evitar a la muerte para poder esquivarla de nuevo; por lo que desde lo más profundo de su moribunda vida sabía que desesperaba por encontrar ayuda. Un último tren al que aferrarse para volver a las montañas. Una último tirón de cuerda que sólo yo pude percibir. Y yo no iba a fallarle. Así que seguí corriendo ¿Pero qué sentido tenía aventurarse por esa difícil pared? ¿Por qué tomar esos riesgos? En mi mente siempre he tenido cincelada la misma pregunta, donde, como supongo pasará en la de todos, repiquetea inquieta la prudencia ante esta cuestión. Pero donde al unísono también redobla inquieta, y no con menos fuerza, la locura de vivirla. Una lucha de opuestos a veces sin término medio, y que en numerosas ocasiones setraduce desfigurada en ojos ajenos:

-“Simboliza una carrera egoísta hacia un pico inalcanzable, en la que consientes que los seres queridos lo pasen mal mientras tú la disfrutas”-

Una lágrima resbalando por la mejilla le reprochaba con estas palabras su actitudal hombre despeñado que yacía enredado entre la roca y el cielo. Unos ojos violetas de algún ser amado lo observaban como los de un niño

que, mutilada su infancia por la más cruel de las guerras, observa impávido al fotógrafo que frente a él capta para el resto del mundo ese momento; polvo y cenizas a su alrededor, escombros y árboles mutilados; en la profundidad de los ojos de un niño todo lo que hay tras de sí se dibuja difuminado en la mente confundida e ignorante de alguien defraudado de habérsele concedido la vida; la mirada atraviesa las lentes de la cámara y se clava con crudeza en todas las retinas que observan la escena, no se sabe si pidiendo explicaciones, ayuda, o simplemente desconcierto y zozobra ante lo que ha tenido que soportar su corazón intentando buscar cuerdas a las que aferrarse y seguir escalando.

Al mismo tiempo que me rasgaba el corazón la mirada de esos ojos, veía cómo braceaba en ellos el caído, resbalando por su cornea tragándose la lágrima que, entre estertores, lograba avivar la llama de su vida que ya se escurría entre las piedras.

Mientras tanto, sus palabras despertaban en él una amargada y lamentada protesta.

- ¡No es eso! ¡no es eso!- Se repetía entre afligidos llantos - Sólo es mi libertad que danza por las crestas ante la aparente seguridad del valle. Sólo es la inquietud de mi espíritu, con un tinte de locura y vocación de artista, que con su pincel pretende aportar color a la oscuridad, a lo indecible, donde la cordura con la que solemos traducir el mundo ni tan siquiera llega a rozar. Sólo ansío experimentar y abrir brechas en la engañosa felicidad que da la ignorancia. Sólo quiero sentirme vivo- Se justificaba confuso vislumbrando las nubes, masticando sus propias palabras.

Nadie, al menos por las personas que lo quieren a uno, desea caer en las montañas. Pero sumergir la vida en ellas acarrea a veces resignarse a la posibilidad de hacerlo, y eso uno lo acepta, pero no siempre los que lo rodean, que necesitan más que uno mismo dar un sentido a todo aquello.

Encogiendo levemente los hombros y mirándole firmemente, como si previera lo indiscutible de sus próximas reflexiones, prosiguió:

- Doy mi vida por tus ojos, pero no puedo darla si no se ven a sí mismos contorneando la cima de un pico. No se trata de hacer valedor de mi vida a nadie, pero por si sola no vale nada si el viento no le azota de vez en cuando en la cara- "¡Pero el reto en esta vida se encuentra en hallar un estado de felicidad con la de los demás!". Las palabras aparecían reflejadas en la cornea de esos ojos que sin palabras ya se modelaban exactas en la mente del caído, arrancando una última voz con la que pretender definir el color de su alma. A fin de cuentas reflejo de su vida. De todas formas mortal.

- Yo no pretendo imponer la mía sobre la de los demás, sobre la tuya, pero... pero ser como soy- masculló agarrándose el corazón que se le salía a golpes del pecho -, como te gusta que sea, necesita volver a subir allí. Y eso no significa en ningún momento que me desprenda de ti, ni que corra el riesgo de hacerlo, al menos no más que el quedarme siempre a tu lado. Aquello que únicamente lograría hacerlo se escapa a mi entendimiento, y puede pasarme tanto allí arriba como abajo. Pues el destino, proclive a aliñar la vida con lo imprevisto, termina zanjando nuestras dudas cuando menos lo esperamos.- El iris de esos ojos se dilataba en sus aguas purpúreas, tragando un suspiro; mitad comprensión mitad titubeo ante una última dudosa pieza por encajar en el puzzle que, adelantándose a sus palabras, aun indefinidas en forma de aguijón en el pecho, ya pretendían ser concretadas por el caído que seguía tratando de dar forma a su propio aliento.

-Mi juego- prosiguió ahogándose en su propia mirada - no es más egoísta como el de cualquier otro, ni más inclinado a morir por él. La montaña te ofrece esa posibilidad que se rechaza por que se quiere seguir optando a ella y a los ojos que nunca dejas de ver en cada una de sus aristas. Pero esa muerte, en caso de llegar, se convierte en la mejor manera de hallarla. Un lugar y una manera de morir como es debido, haciendo inmortal mi alma, dejando que el viento la lleve y peine con ella los confines de lo inimaginable. Pero no un ansia de hacerlo. Aunque no lloréis si lo hago... -

Se quedó un momento musitando, advirtiendo el límite en el que se movían susdisquisiciones.

-No, claro, es inevitable no hacer partícipes de todo ello a quienes me quieren; pero que comprendan mi libertad es fundamental para no sentir esa culpabilidad, esa necesidad imperiosa de justificarse que nos corroe a cada uno por dentro cuando nos da la sensación de que aquello que nos hace felices a nosotros no lo hace a los demás- Cogió aire varias veces avivadamente, como intentando despegar de la lengua unas últimas palabras apresuradas con las que tratar de encontrar la manera de acabar dedarle forma a todo aquello- Sólo sé que me gusta y que lo necesito. Pero no en contratuya. Yo... no puedo hallar el punto medio sólo. Sólo puedo prometerte volver. Y hacerlo completamente feliz. Y compartirlo contigo. Pero...

Los ojos violetas apartaron la mirada, acallando sus palabras, apreciando eltemblor de su voz, cayendo sosegadamente al suelo con la impotente resignación que da el haber comprendido con dolor la omnipresente fragilidad que reina en nuestra felicidad. Una felicidad que bebe de la misma fuente que el riesgo de perderla. Resultado de la difícil decisión de poner más peso en un lado de la balanza donde colocamos con mesura nuestras posibles vidas, haciendo que se incline más hacia un lado o a otro. Representa la satisfacción de construir un castillo de naipes, más

bonito que uno de ladrillo, con la esperanza de que no se derrumbe pero sabiendo que a veces puede soplar el viento.

Pese a todo, complacida con su castillo, abrió sus ojos violetas y levantó la mirada con cariño, retomando su fuerza y entrega por seguir colocando cartas.

- Mi amor por ti no es incompatible con verte en el abismo, pero verte fallecer si es incompatible con amarte, y eso no voy a dejar de hacerlo- Henchidos de felicidad al hacerlo con él, aquello ojos iban a estar por él como nunca antes.

Yo, había percibido con punzante crudeza, como si ocupara su lugar, los rostros de sus seres queridos moldeados en las nubes mientras éste caía. Entre ellos, esos ojos violetas se imponían a un rostro desfigurado por la desesperación y la impotencia,clavando como uñas su mirada en la garganta del caído mientras observaban serenos su contorsionado cuerpo despeñado entre la maleza al pie de vía. Arrebatados de esperanza y una voluntad anhelante, trataban con todas sus fuerzas de arrancar un grito de rabia de lo más profundo de su garganta. Un grito que lograron deglutiera entre bocanadas de sangre, lloroso y espeluznantemente sostenido en el aire, haciendo temblar las hojas, que me heló por completo la sangre. La cabeza echada hacia atrás sobre una roca. La exacerbada fuerza de sus párpados cerrando los ojos esgrimían unos hilos de sangre que le fluían por todo el rostro, bañándole en su propia mezcla. Tiñendo mis neuronas de rojo que despertaban con estrépito todas las señales de alarma ¡Tenía que encontrarayuda! El eco que se repetía en mi cabeza con esas palabras surgieron inapelablemente desde que oí su llamada y guiaron desde entonces mis piernas a través del camino.

Ya amenazaban con hacerme sucumbir todos lo tambores del infierno redoblando en mi cabeza, cuando pude distinguir vagamente ante mí la cresta de roca enfrente a unos quinientos metros. Detrás estaba el refugio, allí tendría que haber gente.

Sólo allí se acabaría mi calvario, saciaría mi desconsuelo y acallaría su grito. Pero ¿y sino había nadie? La sola idea de imaginármelo me estremecía. Llevaba tanto rato corriendo que ya no recordaba cuánto. Ni trataba de hacerlo. No me creía capaz de soportar el fracaso después lo que había sufrido. No quería ni pensarlo. Sólo quería llegar para pedir ayuda. Cuanto antes. Nada más. Sabía con tajante certeza que si el refugio estaba vacío, nada podría hacer por aquel hombre ¡Pero no! Tenía que haber alguien. Entraría y les diría... eso ¿qué les diría? Pues simplemente eso, que un hombre había tenido un accidente en la Gran Pared, al pie de la vía Del Cielo.

- ¡Se ha caído escalando. Se ha caído escalando!- Me encontré gritando

sólo en medio del bosque, ebriamente abrazado a un árbol.

- ¡Tenéis que ir rápido a ayudarle!- Mi lamento quedo difuminado en el silencio.

- ¡Nadie en el bosque te va ayudar, estúpido! - Golpeaba la corteza de un árbol enfadado conmigo mismo-Tienes que seguir, tienes que llegar, no te rindas- Agarrándome a las ramas, estiraba de ellas como si se tratara de una cuerda, anhelando encontrar en el cabo un final a esta carrera desesperada.

- Pronto llegarás al refugio, no desesperes- me repetía continuamente - ¡Se hacaído escalando! ¡Se ha caído escalando! Abriré la puerta y gritaré lo que ha pasado. Y seguramente me desplomaré pesadamente cansado sobre el suelo, para dormir aliviado y satisfecho durante horas. Durante días. Se ha caído escalando. Se ha caído escalando...-

De nuevo me hallé a mí mismo gorgoteando palabras inconexas en el barro. Llorando entre súplicas que alguien se apiadara de mí y me tendiera una mano. Todo mi cuerpo temblaba cuando intentaba ponerse en pie, aferrándose a las raíces de un abeto que colgaban desde su tronco para hundirse, como si pretendieran ensartarlo, en el embarrado suelo. Había atravesado bosques y laderas al galope tanto tiempo que en mi ofuscada mente no era capaz de discernir si hacía dos horas o mil años. No era capaz de verme si no corriendo en busca de ayuda. Una vida que no representaba si no una desbocada huida de la muerte que en cada parada me mordía los talones.

Tropezando en cada tambaleante paso con mi aliento desesperado, sólo rebotaba una señal en mi cabeza y musitaba una palabra en mi boca: “¡Ayuda!”.

Fue entonces cuando, entre lágrimas y barro, discerní el contorno de la cabaña.

Un resquicio de humanidad entre tanto lodo y hierbas. Y no quiero decir con ello que anhelara, ni anhele ahora, encontrar algún símbolo que me devolviera con los míos, permitiéndome escapar de la hostil, salvaje e incluso inútil montaña. Soy fiel defensor de mantener la montaña en estado puro, y de vivirla como tal, sin incidir en ella. Pero creo que la ornamentación casi inconsciente del ser humano, fruto de años de existencia compartida con su medio ambiente, ha creado formas como ésta que, no sólo no erosionan ni su espíritu ni su forma, si no que la hacen más completa, permitiendo una verdadera coexistencia entre ella y nosotros digna y necesaria de ejercitarse hoy en día.

El refugio representa, para todos los montañeros, el principio y final de una incursión por los misterios de las montañas. O un último aliento de

humanidad antes defusionarse con ellas. O, en mi caso, la última posibilidad de que el caído no lo hiciera para siempre.

Por ello, más que una puerta entre dos mundos, el perfil que se dibujaba sobre las rocas, representaba para mí, en ese momento, la única posibilidad de salvar la vida de un hombre que, en su afán de conocer los límites de su entorno, se hallaba ahora al borde de uno de sus abismos, haciendo malabares con sus propios pedazos.

Todavía podía sentirlo respirando entrecortadamente tendido sobre la roca. Sumido en la más completa oscuridad. Completamente inmóvil, salvo por los ritmos irregulares y delicados de sus signos vitales, aguardando, sosegados en completa armonía con el aire, cualquiera que fuera su desenlace. Extremo de una vida que no iba permitir que se llevara el viento. Tarea que estaba a punto de conseguir, rasgando tembloroso, con mis uñas ennegrecidas de barro, el pomo de la puerta del refugio.

Lo giré hacia un lado y empujé dejando caer mi peso sobre la puerta, hasta que ésta se empezó a abrir. Oí con asombrosa precisión los goznes debatiéndose sobre sus juntas. El crujido de la madera rozando el suelo. El aire frío colándose por mis piernas hacia dentro y el cálido azotándome en la cara saliendo hacia fuera. Mezclando ambos mundos y abriendo un espacio abarrotado de gente ante mí que fijaron con voz queda su mirada en mí al instante, haciéndose del bullicio el más absoluto de los silencios, de una amalgama de sensaciones, una sola, que retumbaba al unísono en mi pecho, por todos ellos... Y no supe qué decir.

Por alguna extraña circunstancia todo aquello que había pensado decir se desvaneció al instante al verme a mí mismo ante todos ellos. Todas mis ansias de encontrar ayuda, de explicar lo sucedido, se diluyeron entre dientes de atónitas y mudas bocas que nada acertaban a expresar. Ni falta que hacía. Reflejado en sus perplejas miradas, con inusitada, intensa e inapelable certeza me vi a mí mismo, suspendido en el aire de dos hilos invisibles. Sólo un títere de mis anhelos. Dos brazos rotos, una rodilla fuera. La cara encharcada en su propia sangre, revuelto en barro. Arrastrando inútilmente la cuerda atada a mi cintura. Los ojos blancos, hechos un mar de lágrimas donde navegaban las tres carabelas que habían divisado tierra que se me metía hasta la garganta impidiéndome vocalizar. Pero pudiendo ver las palabras exactas en los ojos de cada uno de ellos. Que ya se agolpaban frente a mí. Cuatro palabras que resonaban como el eco en mi atolondrada cabeza. Cuatro palabras que no fui capaz de pronunciar hasta semanas después. Pero cuatro palabras que se reflejaban con absoluta, pasmosa y certeza claridad por todo mi cerebro. Cuatro palabras que lograban llenar el cubo. Cuatro. Cuatro palabras que me devolvían a la vida. Cuatro palabras que sólo mi cuerpo empecinado desoyendo mi precipitado espíritu había entendido: “Me he caído

escalando”. Pero he de sobrevivir...

Y aquí estoy. Para que puedas verme con tus ojos. Y yo en los tuyos.

Ni una alocada carrera por salvar al otro. Ni un paso por salvarme a mí mismo. Sólo un soplo de viento alzándome hasta el cielo haciéndome ver la vida.